

arroja hacia afuera) ahí tienes la llave. Luego que abras apoya fuerte la pata en el picaporte, pues yo no alcanzo para alzarlo y no puedo tampoco arri-mar el banco, que pesa mucho... Anda, muévete, que te vas a helar. Tienes nieve hasta en el hocico...

(Caperucita cierra la ventana, des-ciende del banco y corre hacia la puer-ta. Esta se abre lentamente y entra el lobo).

EL LOBO.—¡Qué buen calor hace aquí!

CAPERUCITA.—Arrímate al fuego. Voy a darte algo de comer. ¡Miré que no probar bocado desde anoche!.. *(Levanta con gran dificultad la tapa del arcón y por la rendija que consigue abrir saca un pan, bizcochos, miel y manteca. Toma un gran cuchillo y pre-para ágilmente las rebanadas que va dando al lobo, el cual las devora con gran apetito)*. Buenas ¿eh? Además, mira: toma la cuchilla, trepa sobre el arca y corta un poco de jamón. Yo, por más que me empine sobre los pies, no alcanzo. *(El lobo hace lo que la niña le ordena. Ella, recostada al fogón lo mira riendo)*.

CAPERUCITA.—¡Que estás flaco! Se te pueden contar las costillas. Ven, come junto al fuego. El calorcito hará que la merienda te parezca mejor. *(Le pasa cariñosamente la mano por el lomo)*.

EL CORO.—*(Desde afuera)*.

El pañuelo de la reina
se llevó el agua del río.
Era bordado de oro.
Yo tendré que darle el mío.
¡Ay, ay, ay!
Yo tendré que darle el mío
bordado con los cabellos
dorados de mi galán.
¡Ay, ay, ay!

EL LOBO.—Voces frescas, voces de muchachas.

CAPERUCITA.—*(A medida que el co-ro se acerca, ella ha ido aproximándose a la ventana)*. Son las cinco «niñas de oro», las hijas del molinero, a quienes han puesto ese nombre por lo rubias. Van, quizás, a casa de su hermana mayor, la casada con el guardabosque, que anoche, bajo una col, encontró un niñito pequeño. *(Corre la vidriera)*. ¡Sol, Bellorita, María Gracia, Germana, Turquesa: venid! El lobo está conmigo. Es una gran mentira eso de que come niños. Es mi amigo.

VOCES DESDE AFUERA.—¡No es posible!

—La mentira es pecado, Caperucita.

—No podemos subir a acompañarte. Vamos a ver el niño que Gabriela halló anoche bajo una col. Ven también tú.

—Sí, sí, ven.

CAPERUCITA.—¿No os digo que tengo al lobo de visita? No puedo ir.

LAS VOCES.—Tonta: ¡como si nos fueras a engañar!

—¡Vaya una broma!

—Caperucita: apostarí a que señora Martina no está y que tú te has puesto a beber sidra.

CAPERUCITA.—*(Al lobo)*. Ven, querido. No quieren creerme. Asómate.

EL LOBO.—¡Huuu!

VOCES DESDE AFUERA.—¡Jesús!

—¡Iiiii!

—¡Madre de Dios!

—¡El lobo!

—Huyamos, hermanitas!

CAPERUCITA.—*(Bajando la vidriera, enfadada)*. ¡Feo! Las has asustado. ¿Para qué haces esas cosas? Así adquieres mala fama.

EL LOBO.—*(Poniéndole una pata sobre el hombro y olfateándola)*. ¡Qué olor tan suave y tan fresco tienes!

CAPERUCITA.—*(Dándose importancia)*. Claro: como que me encontraron debajo del rosal encarnado. Padre era vivo aún. Volví de casa del señor marqués, a quien había ido a llevar una cuba de vino. Era de tardecita, con un tiempo tan frío como el de hoy. Todo estaba cubierto de nieve. De pronto, padre sintió llorar a un chiquillo, cerca del sendero de la huerta. Miró, miró y, ¿querrás creerlo? vió de pronto el rosal sin una gota de nieve, lleno de flores, hermosísimo. Debajo de él salía el llanto. Se acercó y me encontró morada de frío, recostada sobre tres rosas. Trájome a casa, madre me dió leche caliente con canela y azúcar, envolviómeme en un pellejo de cordero y desde ese día fuí su hijita.

EL LOBO.—*(Socarrón)*. Benditos sean los rosales que dan tales flores para regalo de los lobos.

CAPERUCITA.—¿Qué murmuras?

EL LOBO.—Decía que ¡bendito sea el rosal encarnado que dió tan bella flor!

VOZ DE AFUERA.—¡Caperucita, abre!

Caperucita.—*(Batiendo palmas, gozosa)*. ¡Barba de Plata! *(Al lobo, que ha corrido a ocultarse tras el arcón)*. Es el Barba de Plata. Abre tú, que ni él ni yo alcanzamos al pestillo.

EL LOBO.—¡Hum! *(Abre la puerta)*.

BARBA DE PLATA.—Buenas noches... ¡Oh, maese lobo! ¿usted por aquí? *(Aparte)* ¿Qué estará haciendo solo con la niña este redomado pillo?

EL LOBO.—*(Con exageradas cortesías)*. Buenas noches, buenas noches. *(Para su capote)*. ¿Qué se le ofrecerá a este viejo marrullero?

BARBA DE PLATA.—Pasé hace un rato por casa de la abuela y, a través de los vidrios, ví a señora Martina haciendo cataplasmas. Me dije: Caperucita está sola y quizás tenga miedo. Voy a acompañarla.

CAPERUCITA.—*(Besándolo)*. Viejecito mío, eres muy bueno. ¿Qué me traes?

BARBA DE PLATA.—*(Saca del bolsillo de su jubón de pana roja un dedal de oro)*. Mira: lo perdió ayer en el parque la hija del rey. No quise devolvérselo, pues es embustera y, además, cruel con sus servidores y con los animales. Ayer le pinchó los ojos al perro. Hoy ató una lata vacía a la cola del gato, el cual, asustado, echó a correr como ciego, cayendo en el estanque. La princesita hubiera podido ordenar que lo ayudaran a salir. Pues, no: cada vez que el pobrecillo, braceando desesperadamente, se ponía cerca del borde, la mala pequeña, con un bastoncito, lo arrojaba a lo hondo. Reía cual si se hallase en una fiesta contemplando el sufrimiento y la agonía del animal. Y como su aya se lo reprochaba, la llamó «vieja pécora», azotándola con el junco.

EL LOBO.—*(Riendo)*. ¡Qué diablillo!

CAPERUCITA.—*(Conteniendo el llanto)*. ¡Qué mala niña! ¡Qué mala niña!

BARBA DE PLATA.—Bien, no conversemos cosas tristes. Pruébate el dedal, hijita.

CAPERUCITA.—*(Pasando ingenuamente del llanto a la risa y poniéndose el dedal de oro en el dedito mayor de su mano derecha)*. ¡Cómo brilla! ¡Qué hermoso es! ¡Qué buenos zurcidos voy hacer ahora! *(Fijándose)* ¡Y tiene una corona azul, sobre un corazón!... *(Salta gozosa en torno del enanito, al que luego abraza)*. ¿No tienes ningún rasgón en la chaqueta? ¿No quieres que te cosa algo, abuelito?

BARBA DE PLATA.—*(Riendo de verla tan alegre)*. ¡Locuela!

LA GIGANTONA.—*(Tamborileando con los dedos en los vidrios de la ventana)*. ¡Caperucita!...

CAPERUCITA.—¡Gigantona!... Ven por la puerta. Abrele, lobo.

(Entran la Gigantona y el Vendedor de Arena).

CAPERUCITA.—¿Y este viejecito?

LA GIGANTONA.—Es el Arenero, el que hace dormir, poniendo piedrezuelas sobre los párpados. Muéstrale a la niña tus alforjas, viejo.

(El Vendedor de Arena deja el cayado y baja una bolsa que lleva sobre el hombro derecho y extrae de ella pedruscos de tonos sombríos, que varían desde el color chocolate hasta el negro y desde el tamaño de un grano de arroz hasta el grandor de un huevo de paloma).

EL ARENERO.—Estos son los malos sueños, las pesadillas... *(Al lobo)*. Creo que Ud., compadre, conoce este artículo ¿no?